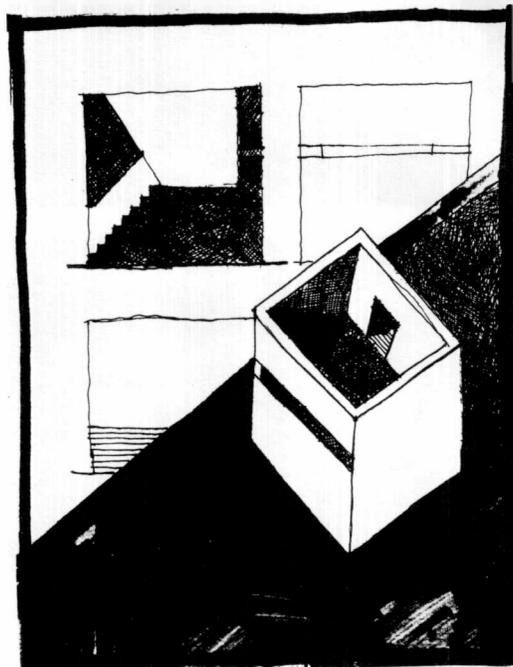


El cubo de Cuneo, 1962.



D

ado que desde hace diez años vivo en Madrid, una casualidad casi literaria, hizo que me enterara de la muerte de Aldo en el mismo lugar en que nos habíamos conocido hacía casi veinte años: la ciudad de Buenos Aires. Allí me sorprendió, en la madrugada del viernes 5 de septiembre, mientras dormía, una llamada de Daniele Vitale para anunciarme que, tras un accidente, Aldo había muerto.

En el año 1977 habíamos organizado en Buenos Aires, con mis amigos Katzenstein, Solsona y Viñoly, un lugar donde poder enseñar y debatir acerca de la arquitectura dado que estábamos prohibidos en la Universidad Nacional.

Eran los años duros de la dictadura militar en la Argentina; años de desapariciones, represión y censura.

Poco a poco, ese lugar que inventamos, y que con el tiempo todo el mundo conocería por el nombre de La Escuelita, se fue convirtiendo en un punto de referencia de la cultura arquitectónica de Buenos Aires y de la Argentina. Fue una experiencia "underground" desarrollada casi en los márgenes de la legalidad de aquellos tiempos.

El primer profesor extranjero invitado que tuvo La Escuelita fue Aldo Rossi.

La invitación por parte de Aldo de enseñar en La Escuelita fue una decisión comprometida por ambas partes. Él, en aquellos años, no era tan conocido como lo fue después y mucho menos en Latinoamérica, de manera tal que nuestra invitación fue una apuesta por alguien no muy conocido por nosotros y al margen de las modas que luego se desarrollarían en todo el mundo.

Aldo, por otro lado, aceptó viajar a Buenos Aires (no sin que antes fuéramos recomendados por algunos amigos que vivían en Estados Unidos) invitado por un grupo de gente que no pertenecía a ninguna institución ni a ninguna universidad; es decir, aceptó la invitación de un grupo casi marginal que no daba ninguna garantía académica de prestigio.

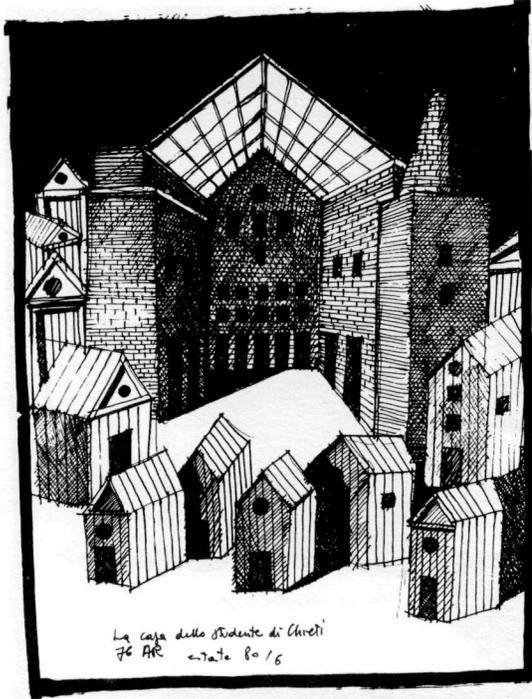
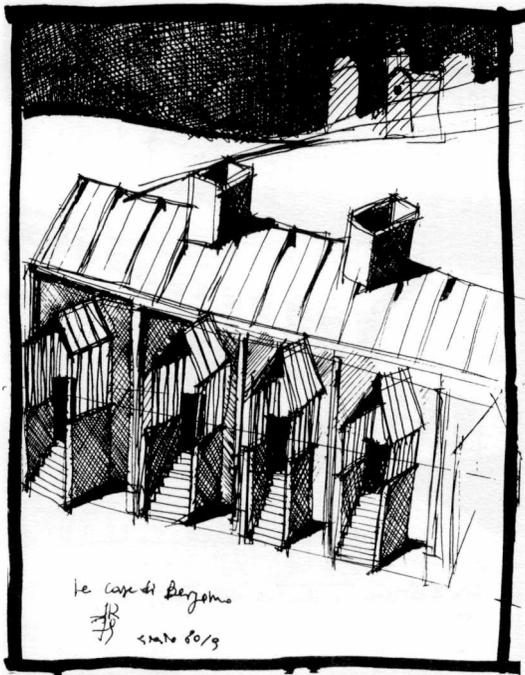
Sin duda, Aldo tenía ganas de conocer al menos la parte sur de Latinoamérica, pero la Argentina era, en aquellos momentos, un lugar poco agradable de visitar, y no pocos intelectuales, políticos, etc., se resistían (y con razón) a llegar hasta allí por rechazo al régimen militar que gobernaba al país. Eran también los tiempos de Pinochet en Chile, la otra dictadura militar en Uruguay, etc.

La historia demostró, luego, que nosotros no nos habíamos equivocado en nuestra apuesta y ésto a pesar de la polémica que la visita de Aldo generó en Buenos Aires (como la que, por otra parte, generaba, en aquel momento, en cualquier parte del mundo). Pero, además, nunca dejaremos de recordar con enorme reconocimiento la apuesta de Aldo que fue para nosotros, aunque de forma desigual, de gran importancia no sólo por el apoyo generoso que significó su visita dadas las circunstancias políticas de aquella época, sino también por lo que significó como apertura a un debate cultural, dentro de la arquitectura, del cual estábamos parcialmente aislados. Este primer viaje de Aldo a Buenos Aires fue en Noviembre de 1978. Dictó un Seminario, paseó por la ciudad a veces en solitarias caminatas y discutió con nosotros los planes y direcciones que podía adoptar La Escuelita sin ningún dogmatismo.

De regreso a Italia pasó por el Brasil (creo que hasta ese momento de Latinoamérica sólo había estado en Venezuela) y a su llegada a Milán me envió una carta que, entre otras cosas, decía:

"He dejado pasar algunos días antes de escribirte porque este viaje me ha "impresionado" profundamente como no me ocurría desde hacía mucho tiempo. Buenos Aires, el Paraná, Ouro Preto, nombres que me retrotraen a los juegos de la infancia y que se mezclan con mi arquitectura.

Me gustaría hablar ahora de todo ésto y de vuestra Escuela me ha parecido una experiencia



Viviendas en Bergamo,
1979.

Residencia de estudiantes
de Chieti, 1976.

muy positiva y he reencontrado un interés por la arquitectura que me parecía perdido. Desde hace tiempo me aburren las conferencias en el clima de la Escuela que yo mismo tenía, de una manera insólita, interés y deseo de comentar mis trabajos.

He mirado aquí tus cosas y pienso que tu podrías desarrollar una experiencia notable, sobre todo verificando lo que hacés con relación a tu país, a Buenos Aires que ahora se me va haciendo más precisa en al memoria, la zona del Matadero, los grandes espacios, una dimensión y una potencialidad desconocidas en Europa".

Y agregaba en una carta posterior que me mandó pensando que no había recibido la primera:

"Me parece que este viaje no ha tenido nada que ver con la rutina académica normal y que ha sido un encuentro importante. Yo espero sinceramente poder hacer algo con Ustedes y volver para participar más activamente. El viaje de regreso a través de Brasil ha sido, también increíble. He estado en Ouro Preto, Congoñas y otros lugares de esa zona. Fantástico."

Aldo regresó a Buenos Aires en dos oportunidades más. Una, en Octubre de 1982 invitado nuevamente por La Escuelita, y otra, a finales de 1983, para participar en un Concurso para un edificio de oficinas en el centro de la ciudad. Para su segunda visita a La Escuelita le habíamos organizado, también, un viaje al Uruguay, Chile y Perú para dar clases y conferencias y un encuentro en la ciudad argentina de Córdoba. Al único lugar que no pudo llegar fue a Lima ya que tuvo que regresar imprevistamente a los Estados Unidos. Antes de este segundo viaje a Buenos Aires escribía:

"Tu invitación para ir a Buenos Aires me gusta realmente mucho. Tengo muchas ganas de volver a la Argentina (que me ha quedado como una herida en el corazón). Recientemente he

estado en Colombia (que es totalmente otra cosa) pero que es siempre parte del mundo latino-americano-ibérico que es una fuerte componente de mi cultura o, al menos, de mi fantasía. En consecuencia, acepto la invitación y por supuesto, "of course" (en inglés en el original), también por el placer de estar contigo y con los amigos argentinos."

Y agregaba después de este viaje:

"Quisiera escribirte una larga carta pero lo haré ni bien me sea posible. Entre tanto te agradezco por el tiempo que hemos pasado juntos y por haberme forzado a hacer este viaje a Latinoamérica que ha sido muy bello e importante para mí. (Disculpa el extraño modo en que está escrita esta carta pero estoy usando una máquina electrónica incomprensible para mí y, en consecuencia, la uso como un salvaje). Bello e importante y, también, masacrante pero todavía tengo una buena capacidad de resistencia.

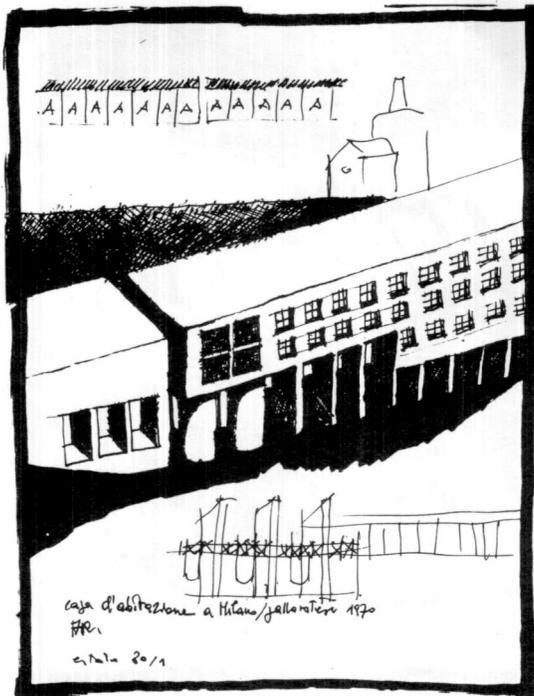
He tratado de llamarte desde Santiago pero no te encontramos; después de la desilusión de Montevideo, el viaje a Santiago fue inolvidable. De Chile me ha gustado todo: el paisaje, la gente, la arquitectura y el vino y los mariscos. En realidad, en Córdoba y Buenos Aires creo que mi encuentro con la gente fue positivo y, para mí, importante.

Si no estuviéramos limitados por el espacio y el tiempo podríamos hacer muchas más cosas: ahora me han invitado al Japón y probablemente iré por un período más largo: quisiera pararme en cualquier lugar a meditar sobre mi mismo ya que cada tanto no acierto a saber cuál es mi patria."

Los dos viajes de Aldo para dar clases en La Escuelita fueron muy importantes para nosotros y, como se puede ver en sus cartas, también para él. En cualquier caso, fueron dos viajes muy distintos. La amistad natural que surgió de su primera visita se mantuvo (y se mantuvo,

Teatro veneciano, 1979.

Edificio de viviendas en Milán-Gallaratese, 1970.



también, a lo largo de los años). Pero para 1982, en sólo cuatro años, habían cambiado las condiciones personales de la vida de Aldo, las del debate en la arquitectura ya se había realizado, en forma más estructurada en Europa. El segundo viaje se realizó como consecuencia de mi insistencia: Aldo tenía ya muchos compromisos internacionales; algunos de nuestros amigos se habían transformado en "enemigos", y el debate sobre la arquitectura (al menos en el sur de Latinoamérica) se había abierto pero se desarrollaba de forma esquemática y poco culta. Y esto se puede leer entre líneas en sus cartas.

Yo creo que entre los temas que Aldo desarrolló con más agudeza están los referidos a los problemas tipológicos, los relacionados con el valor permanente de la forma de los edificios más allá de la función, los de la reelaboración de los mismos temas arquitectónicos en la resolución de los proyectos para no comenzar siempre de cero, los de las relaciones entre tejido y monumento, los que tiene que ver con la analogía y los objetos de afecto, etc.

A mi me parece que los problemas referidos a estas dos últimas cuestiones (la analogía y los objetos de afecto) siguen constituyendo hoy, en sus aspectos más generales, un campo de trabajo necesario para el desarrollo de una arquitectura más consustanciada con la realidad. Sobre todo, si estas cuestiones se las entiende ligadas a los problemas más generales de la arquitectura y si se dejan de lado las deformaciones más limitadamente personales que puedan plantear.

Un campo de trabajo que puede contribuir a resolver las contradicciones entre lo racional colectivo y lo personal, incluyendo problemas que hacen a la relación con la cultura popular. Un camino justamente necesario, además, para no ser "rossiano".

En cualquier caso, creo que lo más importante que hizo Aldo (directa o indirectamente y a pesar de las actitudes que haya tenido que ir tomando a lo largo de su vida) fue poner en

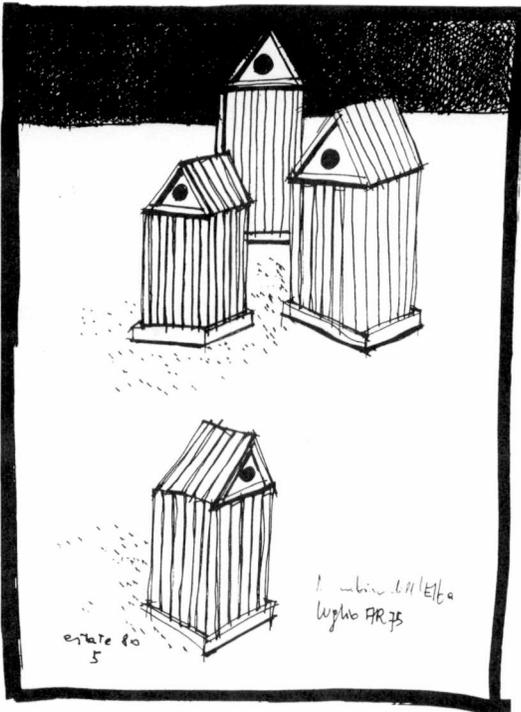
crisis la definición del propio campo de la arquitectura.

Es decir, puso en crisis (y tal vez en su momento no haya sido único) el campo de la arquitectura tal como lo definen los propios arquitectos: puso en crisis la arquitectura de los arquitectos. Lamentablemente en esto Aldo fue derrotado (y sin duda no fue el único) y creo que esa derrota, que no fue personal, puede explicar muchas de sus decisiones de los últimos años. Sin duda habrá que esperar nuevas circunstancias culturales para que algunas de las cuestiones que él planteó se puedan volver a proponer con éxito. Mientras tanto, sólo habrá lugar para insistir con ellas pero, sin lugar a dudas, sin mucha aceptación.

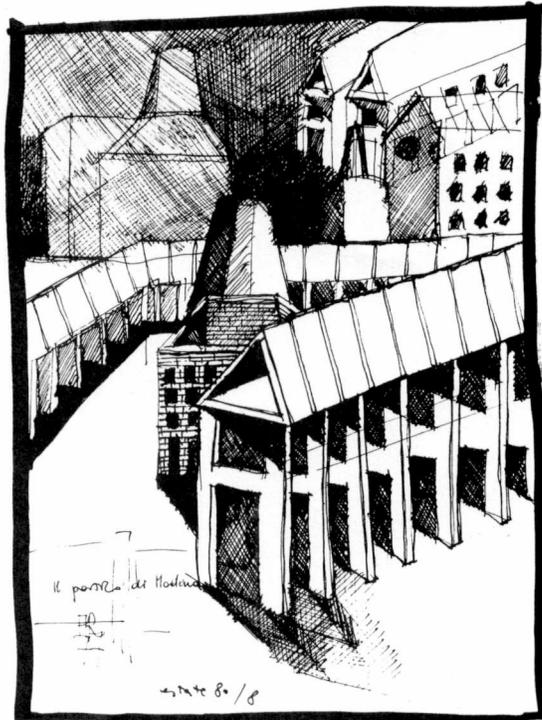
Pero, más allá de estos temas generales, Aldo planteó en aquellos años en Buenos Aires (y en Latinoamérica) su preocupación por el desarrollo de algunos problemas más particulares: el estudio de las ciudades Latinoamericanas (en particular su origen y su trazado); el interés por la experiencia de los proyectos de las misiones jesuíticas y por otras propuestas marginales respecto a la interpretación histórica tradicional, las cuestiones referidas a la periferia, etc. en el fondo, la exigencia de hacer una arquitectura que tuviera en cuenta aquella realidad como parte de la cultura arquitectónica internacional. Muchos de nosotros ya habíamos tomado posición al respecto, pero Aldo ayudó a aclarar problemas e interrogantes.

Yo creo que cuando alguien muy querido se muere, uno debe elegir una imagen que sirva especialmente de recuerdo, entre las tantas imágenes que uno guarda de los momentos más intensos o especiales que uno ha vivido con esa "persona de afecto".

Yo he decidido quedarme con una imagen de Aldo de una tarde durante su tercer viaje a Buenos Aires, precisamente del 9 de diciembre de 1983. Al día siguiente los militares argentinos entregaban el Gobierno; se acababa la Dictadura Militar y tomaría posesión un



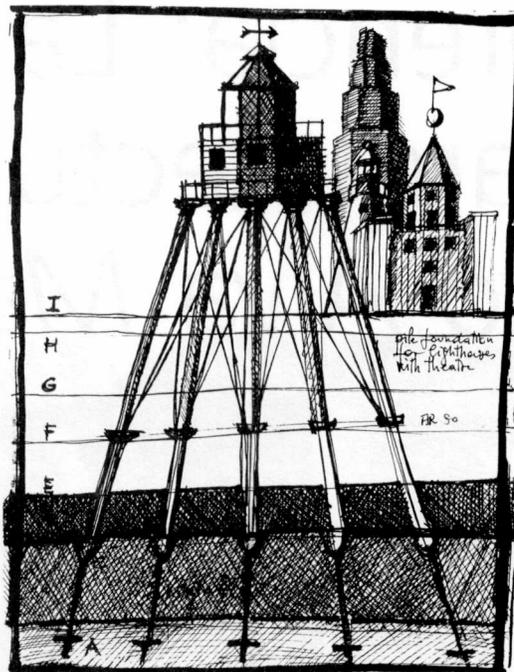
Le cabine dell'Elba, 1975.



El pórtico de Modena, 1977.



El Monumento de Segrate, 1965.



Estructura de pilares para la Casa del Faro con teatro, 1980.

Presidente elegido democráticamente, hecho que había costado muchas vidas y sufrimientos. Era jueves y fuimos con Aldo a ver la ronda de las Madres de Plaza de Mayo que pedían, por última vez a los militares, la aparición con vida de sus hijos y familiares. Había una multitud y un último cordón militar y policial separaba a la gente de la Casa de Gobierno. Todo el mundo comenzó a insultar a los policías y a los militares más allá de las consignas políticas, Aldo entre

ellos. Gritaba y gesticulaba como si siempre hubiera estado allí, frente a los policías, en una situación que era muy tensa.

Y así lo recordaré gritando en la Plaza de Mayo con acento de italiano que no sabía pronunciar bien las jotas en castellano. Y lo recordaré así, no tanto por el hecho político en sí mismo, sino más bien porque aquel era el que a mi me parece el mejor Aldo, el Aldo más auténtico de todos los Aldos que conocimos. ■

Las imágenes de este artículo pertenecen a "Autobiografía científica", Aldo Rossi, Ed. G. Gilli.